

PRESENTACIÓN

Estimado Alejandro, alcalde de Villar de Cañas; D. Ignacio; miembros de las distintas asociaciones locales, Hermanos de la Virgen; amigos, familiares y vecinos.

PREGÓN

Es extraño realizar este tipo de saludos aquí en el pueblo y ante vosotros. Un simple “hermosos míos” hubiese significado lo mismo. Cuando uno es forastero y cae aquí “de prestado” como me ha pasado a mí, necesitas años para entender la verdadera trascendencia de unas palabras aparentemente tan sencillas. Esto es una de las cosas que más aprecio de esta tierra y su gente: la sencillez, humildad y autenticidad, características tan difíciles de encontrar hoy en día.

Hace casi un año cuando mi cuñado Paco, “Cachiporro” me llamó para ofrecerme hacer este pregón no dudé ni un segundo en decir que sí. Me sentí muy honrado y emocionado. Pensé que era una grandísima oportunidad para poder expresar en voz alta lo que siento por Villar de Cañas, y claro, teniendo casi un año por delante, supuse que no iba a ser difícil juntar unas cuantas letras para cumplir con este menester. Estaba equivocado. Resulta imposible expresar fielmente todo lo que me habéis dado en este pueblo.

He de confesaros que me ha pillado el toro. Otro toro que me pilla en el pueblo, pero a diferencia de aquel en San Isidro de 2015, que me dejó, gracias a Dios, sólo un buen susto, una brecha en la cabeza y una buena foto de la que ni puedo ni debo presumir. El toro de este pregón lo barrunto negro zaino, hondo y cuajado y con unas defensas astifinas, y espero que me deje una bonita cicatriz en el recuerdo y a vosotros la imagen de uno que aspira a ser de donde pace, como dice el refrán.

Siguiendo el símil taurino, no queda más que empezar esta faena recibiendo al astado con una verónica, en lugar del siempre valiente y vistoso “a puerta gayola”, esperar que el respetable se vaya satisfecho y, si es posible, ojalá que aplaudan hasta los de siete.

Como no soy persona de letras y entre muchos dones que me faltan está el de la literatura, creo que va a ser mejor empezar por el final, y el final de esta historia es muy

fácil: GRACIAS, GRACIAS y MUCHAS GRACIAS, de corazón, porque ese es el mayor sentimiento que tengo hacia este pueblo y hacia vosotros, el AGRADECIMIENTO. Este sentimiento que despertáis en mí se ha ido forjando a fuego lento, como un buen potaje hecho a la lumbre, de esos que el caldo se puede cortar de lo trabado que queda. Y este AGRADECIMIENTO hace que me sienta en deuda con Villar de Cañas y con vosotros.

Oficialmente, la primera vez que vine al pueblo fue en el puente de diciembre de 2003. Para mi mujer, Mamen, era importante que me gustase venir y me sintiese a gusto. Casi 23 años después creo que puedes estar tranquila. Desde casi el segundo día, lo disfruto y lo vivo.

23 años es tiempo: ha habido 4 presidentes del Gobierno, 4 Papas, guerras, terremotos, volcanes, tsunamis, se han ganado 2 mundiales de futbol, 2 de baloncesto, 3 eurocopas, crisis económica, una pandemia, Filomena, DANA, apagón o el nacimiento de Facebook, Instagram y TikTok, que han cambiado la manera en que la gente se relaciona. Por suerte, nuestra red social sigue siendo una barra, una mesa o una cocinilla y las mejores publicaciones, los posts que dicen ahora, se siguen haciendo la madrugada del domingo de Resurrección en la pared de los Abelardos.

Desde ese 2003 empezaron a sonarme familiares lugares como Argelete, el Cerrillo, la cuesta la Taluja o la Pesquera, por ejemplo. Descubrí que la rodilla, además de dolerte caprichosamente a partir de los 40, sirve para limpiarte; que en Valencia me suelo levantar “al vese” para ir a trabajar, pero que en algún San Isidro o en alguna fiesta ha sido la hora de irme “acostar”, y que si quieres aprovechar el día debes seguir el sabio consejo, de que si “mucho vino, pronto din-don”.

Aprendes que Navidad termina en San Antón, el campo está precioso en San Isidro y que el fin del verano son las fiestas que ahora celebramos.

Y empiezas a conocer a gente: Miguelín, los Velero y su extensa y maravillosa familia, los Popos, Michico, la Petruca o el Colorao, guardián eterno de las 4 esquinas.

Así que tanto me gustaba venir al pueblo que fue donde Mamen y yo elegimos casarnos. No necesitó convencerme, fue una decisión espontánea de los dos. Y aquí vuelvo al final de esta historia, el AGRADECIMIENTO. Sin que hubiese ningún hotel ni casa rural en el pueblo todos los invitados que vinieron de fuera encontraron pensión completa. ¿Cómo no queréis que os esté agradecido, si el día antes de la boda tuvimos despedida en el almacén con caldereta de la Andrea y Publio, Romera cortando jamón a dos manos y todo preparado por parte de nuestro grupo de amigos?. O el mismo día de la boda, que a las puertas de la Ermita hacía un calor terrible y allí se presentó el Mezquito con botellines y bebida fría.... No tardé mucho en darme cuenta que me habían salido dos casas en el pueblo: la de Argelete y otra postiza en la calle Arenal, con un patio envidiado por la Alhambra y sus leones.

Mientras, mis conocidos en Valencia, viendo que a la mínima que podíamos “salíamos atacando pa’l pueblo” me preguntaban que qué tenía el pueblo de Mamen, si es que era muy bonito. ¿Qué les iba a explicar?, ¿las vistas de Vegafría desde el bar ahora de Pablo?, ¿o las de la Ermita desde la rotonda del pueblo?, ¿las olas que hace la cebada?, ¿las amapolas, los girasoles o el espliego?. Aprendí que la belleza del pueblo no era regalar a mi reciclada retina imágenes bonitas. Entendí que el pueblo era una manera única y especial de vivir y relacionarse con los demás. El pueblo se capta con el corazón, no con la vista. Es un sentimiento.

Me viene a la cabeza cómo lo expresaba Sacramento, mi suegra: nos miraba, juntaba sus manos a la altura del pecho y decía “mi pueblo, tan hermoso”. Con esas palabras, que no llegan ni a formar una frase, resumía ese sentimiento que tienes de plenitud cuando estás aquí y que se transforma en amargura y ausencia cuando no puedes venir.

Y es que aquí no tenemos de todo, pero no nos falta de nada. No tenemos transporte público, pero nunca te falta viaje cuando lo necesitas y tenemos la suerte hasta de pasar frío en verano y calor en invierno.

El pueblo lo conforman multitud de detalles inmateriales, de esos que van llenando el capazo de los sentimientos y el corazón. Creo que a cada uno nos sorprende de una

manera diferente, pero hay un punto en común: la gente, que es la que hace al pueblo y esa es su verdadera riqueza.

Ya lo decía nuestro alcalde, Alejandro, en un artículo que ojalá ni hubiese tenido que escribir: “Quien tiene un pueblo sabe que los vecinos son como una familia extensa.... Aunque no sean familia, hay algo invisible que nos une. Eso es un pueblo como Dios manda, y el mío lo es”.

Me habéis hecho sentirme arropado en la tierra donde era un extraño, aunque soy consciente que la carta de presentación era buena: “el marido de Mamen, la pequeña de Vicente Correcalles y Sacramento la de Natalio”. Era como tener el cartón ganador del bingo, aunque los números los cante Carmen Ester.

Llegué a conocer de manera fugaz el Arca, y aunque no conocí ni la Reflejos ni la Invencible o el Huerto, parece que tuve medio pie dentro por las historias que me han contado. Conocí el bar de Vicente, luego de Ignacio y ahora un nido que ha montado Pablo donde nos acoge a pájaros y pajarracos. El horno, la farmacia que ha pasado por tres manos diferentes, la tienda de Daniel, con Jorge, y que luego la tuvieron Montse y Sonia y después la Pillola. El kiosko de Natalia en la plaza, la peluquería de Gema, la carnicería de la Dolores y Heli, el nacimiento de la casa rural, que más que un Rincón de la Mancha es el rincón de pensar... que de aquí no me quiero ir, y el taller de Nico y Rami, que ahora Rafa y Mari Carmen dicen que es una Fragua del Arte pero va camino de ser donde se fragüen buenos momentos y amistades.

He disfrutado de San Isidros, fiestas de la Virgen de la Cabeza, nocheviejas, veranos, puentes, pero gracias a Dios he llegado a saborear esos fines de semana donde el pueblo es el pueblo, con sus calles vacías de gente y las fachadas gritando recuerdos.

Como comprenderéis, tengo un recuerdo especial por Argelete. La algarabía de los chiquetes por el día se continuaba a la noche con la tertulia que formaban Luisa, Paco, Pili, Maruja, Rosi, Arcadio, Sotera, Juanilla, Ramón, Conrado, Ana, Paquita, Ignacio y claro, mis suegros Vicente y Sacramento. Y a pesar de haber sido herido de muerte año tras año, Argelete intenta rehacerse. El barrio quiere seguir viviendo, recuerda el pasado con

añoranza, ríe los días en que las casas vuelven a abrir sus puertas y ventanas y se pone su mejor traje cada vez que recibe a San Isidro y a la Virgen de la Cabeza cuando lo visita en procesión.

Los de mi generación hemos tenido una preciosa herencia de las anteriores, que creo, intentamos mantener y recordar, y mirando hacia las generaciones que nos siguen, hay esperanza al ver la gran predisposición que muestran por mantener vivas las tradiciones y su devoción por Villar de Cañas. Participan en las diferentes actividades locales e incluso organizan muchas de ellas, tanto en el ámbito festivo como en el religioso; y sobretodo, conciben el pueblo como punto de unión entre ellos. Somos pueblo porque recordamos nuestro pasado, intentamos disfrutar del presente y miramos por los que aseguran el futuro. Villar de Cañas engloba más de un siglo de vidas, desde los 103 años de Felicita y Heliadora, hasta los meses de Maxi, el chico de Finito.

Pero también ha habido momentos duros y amargos, claro, porque la vida tiene la costumbre de darnos cal y arena. Pasamos una pandemia con miedo e incertidumbre. Para los que vivimos fuera supuso estar alejados del lugar donde encontramos paz, o estar separados de seres queridos o de las raíces. Nos preguntábamos cómo estaríamos todos por aquí y hacíamos fuerza y rezábamos para que Sebastián no fuese un recuerdo y siguiese siendo Sebastián; prestábamos más atención al parte que la Angelines le pasaba a mi cuñada Mento que al tostón del telediario.

Y por desgracia todos hemos sufrido al despedir a quienes no queríamos dejar de ver.

Recuerdo a Antonio, el Tuertecete, que miraba a mi suegro y lo saludaba con un movimiento de la cabeza cuando íbamos camino del corral. A la Pilar, hermana de la Circun. A la Luisa de Pelegrín, que el día de mi boda cuando iba camino a la Ermita me dio un abrazo de esos que te estrujan el alma. A Segundo, Risillas, un día que, orgulloso, le enseñaba a mi hijo los corderetes que habían acabado de nacer. A Zacarías paseando con su hija Gema buscando el sol. A Poli, sonriendo y saludando en la puerta de su casa. A la Cristi, que

siempre se alegraba de volverte a ver por aquí y me decía, que yo debía ser buena persona, porque si me llamaba como su marido, al menos tenía que ser igual de bueno que él (y longevo, por favor, pido yo). A la Sole del Bizcochero, con su andar desafiante a los dolores. A Álvaro; a Pedro el de Publio; a Ignacio el del bar, Cipri, a Angel y la Celia, a Genarete, a Alex el Ruso, a Miro y la Fina, grandes amigos de mis suegros; a la Cari, Maxi. A Gabri, tan efusivo como buena persona o a Fidel el de Marga, con quien me siento identificado por su amor al que no era su pueblo y que quiso que esta tierra lo abrazase para siempre. Y por supuesto, a muchísimos más, y que gracias a ellos hoy estamos aquí y somos lo que somos.

Y un día, no queriendo ver venir lo que venía, se vaciaron las mesas de botellines y el silencio nos dejó sordos. Nos quedamos huérfanos de alibravas y chepitas. Cambiamos el vino en “lagrimitas” por lágrimas de verdad. Debe ser que los de detrás de la Ermita también querían disfrutar de la compañía del patrón del local climatizado y ambiente selecto y escuchar Sultans of Swings los días señalados. Se fue un esposo, un padre, un hermano, pero también un amigo, de esos que no siempre te dicen lo que quieres oír, que por eso es amigo, pero que siempre está ahí. Y supongo, amigo, que hubieses querido que hiciésemos lo que intentamos hacer: disfrutar de tu pueblo, tenernos cuenta unos a otros, y eso sí, no zamarrear demasiado, porque sabemos que los domingos por la tarde y los lunes son para ti, aunque este día y medio que te has tomado de descanso se nos está haciendo más largo que los lunes de pascua de los valencianos.

Y seguimos aquí, Antonio. Pocas cosas como cuando tú estabas, pero en el fondo todo igual. Hasta en Buenos Aires se te echa de menos y seguimos sabiendo que los aperitivos se han hecho largos si cuando vas a pedir “la que arranca” está llegando Evelio a por su café.

¿Qué tiene el pueblo? Sólo me atrevo a decir que gente que se muestra ante ti tal y como es. Fernan. Fernan para todo. El primero si toca rancho y el primero si toca sacarte de más de un apuro o echarte una mano. José el Alcalde, que el día de la comunión de María, la de la Ester y Nano, quería explicarme cómo en el pueblo se hacía vivo tinto a partir de girasoles. Bautista y Heli, que abren el bar por la mañana con dos cafés que saben a vida. Julio, que sube a la terraza del Nido con un séquito que es la envidia de cualquier buen padre. Plácido, que nos da esperanza cuando se deja ver. Canto en la tienda. La farmacia

que resucita en verano. Ángel y la Encarna; Mario y Sole; la Chus. Vicente el de la Angelines que, aunque parezca imposible, tiene más corazón que voz. Pepe el de los Vitis, al que nunca se le borra su sonrisa. Poda, Conchi y Publio, como niños con sus bicis nuevas. La Amelia y sus hermanas. Mariano y Ana afinando las notas que salen de la piscina. Aitor y Natalia que, como el sabio, no cambian el pueblo por la ciudad. El taller de todos donde trabaja Nano. Y hasta el Chatarrero y el Rubio, que trae naranjas, melocotones y melones.

Conviene admirar a los agricultores, pintores del paisaje que tenemos. Chechu, incansable trabajando para todos. Sabes que el día agoniza cuando ves volver las furgonas de los albañiles: los Tomillo, los Tigres, los Pepillos, Cascales, Dani, o la cuadrilla de Carvara. Y las horas las marcan los relojes sin pila de Gonzalo Mantecón.

Tenemos escuela, órgano, retablo, médico casi todos los días, mercadillo, cazadores, feria y hasta un pariente, más cercano que lejano, llamado Casalonga.

Arropamos y acogemos a aquellos que han dejado su país y sus familias por venir a buscar un futuro mejor, porque Villar de Cañas es pueblo de buena gente.

¡Que los despistados se enteren que los recibos de la Virgen se cobran si ondea la bandera nacional!.

Y por favor, para mí el vino en chato.

Y perdón, porque debería haber nombrado a todo el padrón porque el pueblo y sus virtudes lo hacéis entre todos los vecinos.

El querer venir al pueblo te aferra a la vida, como le pasaba a mi suegro, que cuando ya no valían ni urgencias, ni internistas, ni antibióticos, la médico de domiciliaria resignada decía, ¿y no vais a ir al pueblo?; y una temporada aquí, unos cortados en el bar y los saludos de amigos y familiares, le daban inexplicablemente energía para aguantar unos meses más. Bueno, eso y las tostas de Pepi y Antonio, que eran para llevar, pero sólo porque eran para los abuelos.

Me gustaría aprovechar este acto para que aquellos a los que nos gusta venir al pueblo seamos conscientes de la necesidad de mantenerlo: apoyar a los comercios y profesionales locales y participar en los eventos que desde las distintas asociaciones se organizan. En este sentido, señalar la ferviente actividad de dos de las asociaciones más noveles: el club de Pádel y Videka, sin dejar de lado, por supuesto el resto de agrupaciones locales que tan buena labor realizan. El pueblo no son sólo las fechas señaladas, también hay pueblo en octubre, en febrero o en marzo, porque creo que siempre es mejor ¿y cuándo volveréis? que no un ¿cuándo “los iráis”?

Aquí siento que puedes nadar sin guardar la ropa y que es aconsejable dejar para mañana lo que puedes hacer hoy, siempre y cuando dediques hoy para ayudar a un vecino, a un amigo o disfrutar de una agradable conversación.

Además de ese sentimiento de pertinencia que he desarrollado gracias a todos vosotros, he tenido mucha suerte de encontrar a mi mujer (no sabéis de su infinita paciencia conmigo), gracias a ella he conocido a una familia que son un auténtico regalo de la vida: mis cuñados, sobrinos y ahora las sobrinas nietas. Disfruto de ver que Lucas, nuestro hijo, desde pequeño siente el pueblo como propio y me enorgullezco del arraigo que muestran él y sus amigos de la peña La Plaza, no podían haberse puesto otro nombre. Además, gracias a Mamen he podido conocer a un magnífico grupo de amigos que borran esa línea entre amistad y familia y que, cuando las cosas vienen mal dadas, son los primeros en aparecer.

Como estamos llegando al final, creo que es apropiado recordar a todos aquellos que ya no están entre nosotros, y que son memoria y ejemplo. Me he dejado muchos nombres por citar, pido perdón porque todas las personas somos igual de únicos e importantes.

Espero que este pregón no os haya aburrido en exceso; sólo pretendía aprovechar esta oportunidad para daros las gracias y poder contaros qué significa para mí esta tierra.

Aunque los 31 de mayo se me ensancha el pecho y se me eriza la piel, no podré decir jamás que soy castellano-manchego, pero sí puedo decir con mucho orgullo que me siento como un hijo en Villar de Cañas.

Muchísimas gracias

Viva Villar de Cañas

Viva la Virgen de la Cabeza

Juan Batista Miñana Serrano

Villar de Cañas, a 7 de septiembre de 2026